

ADELFA COMUNIDAD MARIANISTA DE ACOGIDA

“Id y contad lo que habéis visto y oído”

Desde que en septiembre de 2002 nos pusimos en marcha, habéis sido muchos los que de una manera u otra os habéis interesado por cómo nos iba en el día a día de la experiencia de acogida. Gracias a vuestro interés, oración y colaboración hemos recorrido este camino con la certeza de sentirnos acompañados. Muchos nos pidieron que escribiéramos algo. Si hemos esperado hasta ahora ha sido por dejar pasar un tiempo prudencial, hasta que el proyecto tomara cuerpo y madurez. Disfrutar de cierta perspectiva desde la que poder hacer balance.

Cuando se nos encomendó la tarea de abrir nuestra vida comunitaria a menores en situación de desamparo o riesgo, ninguno de nosotros se había visto en una igual, con temor y temblor asumimos el reto de formarnos y exponernos a esta experiencia. Conscientes de que tal “experiencia” no es un experimento, sino la oportunidad de hacer vida, experiencia, historia personal en un marco distinto. No íbamos a fundar una nueva obra, una residencia, un centro en la que desenvolvemos como educadores, como profesionales. Lo que abríamos era nuestra casa, nuestra dinámica de convivencia, nuestro tiempo libre, nuestras vidas... a otras vidas, vidas de personas que muy probablemente cambiarían la nuestra. El discreto horizonte de nuestra misión, era apostar por hacer de nuestra vida comunitaria, de su capacidad de acogida y humanización, una ventana abierta por la que se nos colara una forma nueva de ser religiosos y de ser comunidad marianista.

“Sal de tu tierra y vete a la tierra que yo te mostraré!”

La iniciativa surgió de un grupo de religiosos de la provincia. Después de todo lo que se ha escrito y se escribirá sobre la renovación-refundación de la vida religiosa quizá era ya hora de comenzar a hacer pequeños gestos.

Sólo los cambios de praxis hacen nacer nuevos modos de vida. Y esa es la única manera de nacer de nuevo como marianistas: intercambiar el sentido que damos a las cosas, enfocar nuestra realidad desde otras perspectivas, experimentar nuevas formas de vida. Si queremos anunciar de nuevo a los hombres y mujeres de nuestro tiempo la presencia y actualidad del Dios de la vida, debemos hacerlo jugándonos la vida. Es decir, poniéndolas en formas que, como las de Jesús y Guillermo José Chaminade, provoquen nuevos sabores vitales y den lugar sólo entonces, a nuevos signos capaces de abrigar la salvación de Dios.

El cambio, “lo nuevo”, no significa ruptura con el pasado, sino continuidad con él, fidelidad dinámica y creativa. Somos herederos de un pasado lleno de riqueza y al mismo tiempo conscientes del carácter provisional de una parte considerable de nuestras instituciones y estilos de vida. Esto debiera darnos la suficiente libertad y también la responsabilidad para abrirnos a la escucha del Espíritu, salir de “nuestras tierras” y ponernos en camino.

¿Hacia dónde? La Vida Religiosa, cómo Abraham no sabe a ciencia cierta adónde le llevará su refundación, nadie conoce el destino, ni tan siquiera las rutas más seguras. Sólo sabemos que el futuro pertenecerá a los que arriesguen su presente y se pongan en camino.

Emigrar es siempre la opción más incómoda. Supone salir, dejar, cerrar, marchar... para no morir. Es un mandato bendecido por Dios, acatado sólo por la confianza desnuda del creyente.

Detrás de cada historia migratoria de los chicos con los que convivimos está la misma experiencia: “me marché, porque allí no tengo futuro”. Abandonaron familia, amigos, paisajes, su cultura, su lengua, su infancia, su identidad... su dignidad. Arriesgaron su vida, lo apostaron todo sin seguridades ni certezas. Para ellos que llegaron literalmente con lo puesto, la expresión “ligeros de equipaje”, cobra una radicalidad que nos sonroja.

“¿He oído el clamor de mi pueblo!”

De las pocas intuiciones que se manejan en torno a la refundación de la vida religiosa, la opción por los más pobres junto con una experiencia intensa de Dios es la que se destaca con más claridad entre las claves, líneas de acción, yacimientos de futuro o como se les quiera llamar a los horizontes de viabilidad para la vida religiosa. El último Congreso Internacional de Vida Consagrada lo enmarcaba en un díptico muy clarificador: Pasión por Cristo y pasión por la humanidad... del encuentro con la Samaritana al gesto del Samaritano. Una intuición sobre la que ya habían reincidento con insistencia nuestros últimos Capítulos Generales.

La vida religiosa habrá de volver a los desiertos, a las fronteras y a las periferias para reencontrarse con su rostro más evangélico. Ya en otros momentos de la historia de la Iglesia se hubo de hacer el mismo giro para recuperar identidad, coherencia, significatividad y vitalidad.

¿Seríamos capaces, como comunidad marianista, de detener nuestro camino junto a la humanidad herida? Nuestro Dios cristiano es el Dios de la proximidad y la gratuidad. El que se aproxima, el que se abaja hasta la debilidad y el sufrimiento humano y por eso nos hace aproximarnos a los otros, los prójimos cercanos. Es el que se nos presenta en las relaciones de acogida, en la cercanía discreta, en el ejercicio de la compasión.

A lo largo de estos años para nosotros el clamor de los excluidos, extranjeros, marginados... se ha entretelado en las mismas entrañas de nuestro cotidiano devenir comunitario. Las expresiones de impotencia, la agresividad contenida por la xenofobia y las

injusticias, la amarga espera de los papeles, la presión policial, la desesperanza, la nostalgia, la soledad... tanto dolor y rabia contenidos como para enloquecer a un crío, como para hacer saltar por los aires los tabiques de una habitación.

“Fui forastero y me acogisteis”

Acoger significa abrirse a lo distinto. Es decir, al que tiene otros criterios, otra cultura, otra religión, otra edad... ceder parte de mi territorio vital, de mi autonomía personal para que el “otro” pueda ser, pueda crecer.

Hasta ahora el parámetro de acogida en la convivencia comunitaria se apoyaba en unos mínimos comunes y en cierto grado de autonomía individual que evitaba el conflicto. Solemos buscar la no conflictividad, la no interactividad, como modelo básico de convivencia. Sin embargo la experiencia de acogida vivida a partir de una apuesta de implicación personal, de dejarse salpicar por la vida del “otro”, hace saltar esas barreras de falsos respetos mutuos, de individualismos, para meternos a todos dentro del mismo barco. Quizá por eso valoramos también esta experiencia de acogida y hospitalidad en la medida en que nos ha unido como comunidad religiosa.

Aventurarse a compartir la vida con “adolescentes en conflicto”, como se les llama, es aceptar complicarse la vida para dotarla de hondura. No hace falta que los generen, su vida es ya un conflicto: con su familia, la sociedad, la cultura, la realidad... ser adolescente es ya de por sí bastante conflictivo. Estar expuestos de esta forma no deja de ser incómodo. Cada día supone un reto. En detalles que van desde compartir el cuarto de baño y el volumen de la música al Ramadán, se pone a prueba nuestra paciencia y tolerancia. Pero al mismo tiempo experimentamos que el conflicto es fuente de enriquecimiento mutuo, nos impide acomodarnos, anquilosarnos y encastillarnos. Pero a pesar de nuestros temores y prevenciones, todo transcurre sin mayores problemas que los propios de la convivencia, el diálogo intergeneracional e intercultural. Vidas llenas de normalidad, bendita normalidad que nos humaniza.

El amor evangélico es una práctica de proximidad, no un ejercicio intelectual, es un estar junto al que nos necesita. Y ello nos lleva inevitablemente a ensanchar el espacio de nuestra tienda. Ofrecer a los jóvenes abandonados, a aquellos que emigraron solos, un espacio vital que no les sea arrebatado, para que su vida y sus aspiraciones quepan en este mundo. Este primer mundo, que no siempre es la realización perfecta de la justicia y de la paz.

Nuestra tarea quiere ir más allá de garantizar unas condiciones de vida dignas, una habitación en la que vivir. Somos para ellos personas de referencia que les acogieron desde la gratuidad y la incondicionalidad. Sabernos acogidos incondicionalmente es la matriz de la confianza esencial. Es en un clima de confianza esencial en el que se pueden cumplir nuestros deseos, en el que somos estimados, “amables” por nosotros mismos, en el que

podemos tener confianza en Dios, en el mundo, en la vida. Esta confianza esencial es una raíz de las más importantes para vivir con intensidad.

“Maestro ¿Dónde vives? Venid y lo veréis”

¿Por qué vivir con ellos? ¿No bastaría con que fueran parte de nuestra “misión”, de un voluntariado?

Los gestos, signos de nuestras vidas han de anteceder a nuestras palabras. La vida religiosa activa necesita de estilos de vida, para poder renovarse, que la sitúen en la trama del vivir de la mayoría de la gente; estilos de vida que nos lleven a empaparnos de “datos de realidad”. Para renovar la vida religiosa marianista tenemos que empaparnos de vida, pero no de una “vida sacralizada”, de la vida tal y como la entiende el común de los mortales.

Caminar hacia formas más encarnadas de experiencia religiosa exige que situemos de nuevo la experiencia de Dios en lo cercano de nuestras vidas. Debemos descubrir la acción de Dios en nuestra vida cotidiana y doméstica, es decir, en nuestro hogar, nuestra comunidad, nuestra casa. Cocinar, comprar, limpiar, lavar, planchar, acompañar y hacerse responsable de su itinerario formativo, sus problemas de salud, la tramitación de los papeles... nos devuelve a un sano realismo espiritual del que nuestra cobertura institucional y nuestro celibato nos mantenía blindados.

Dentro del panorama de acogida residencial de los menores no acompañados se valora muy positivamente el marco familiar y comunitario que ofrecemos. Más cercano y humanizador, menos profesionalizado pero con mayor capacidad socializadora y de inserción. En una época sin vínculos y donde triunfa el individualismo, optamos por crear lazos, que el otro me importe: *Tenemos un lugar en nuestra casa para ti, te invitamos a nuestro hogar. Transfórmalo, haz que nosotros nos transformemos, hagamos un camino juntos.*

“El Reino de Dios se parece a un grano de mostaza”

Acogemos como primer milagro el hecho de estar juntos. Somos tan distintos y tan conscientes de nuestra manera diversa de concebir el mundo y la vida religiosa, que aún no deja de asombrarnos el que estemos dando cuerpo a una pequeña comunidad. Ninguno de nosotros está forjado por un temple especial, no creemos que para formar parte de esta comunidad se buscara en nosotros cualidades especiales, ni individualmente ni como grupo. Somos marianistas “del montón”. En todo caso, como la realidad cotidiana se encarga de recordarnos, un grupo de personas marcados por sus debilidades, limitaciones y hasta por los achaques y la enfermedad.

Nuestra realidad también es bastante pequeña, abrimos nuestro espacio de convivencia a dos o tres chavales, cuando sólo en Madrid se necesitan cientos de plazas.

Nuestra modesta intervención no deja de ser un hecho anecdótico. Un gesto de presencia e implicación con los más débiles, más próximo al lenguaje de los signos que al de los grandes discursos. Porque así lo entendimos y así lo creemos. Nuestra apuesta no es la de un recurso asistencial, sino la de testimoniar con nuestras vidas que otro mundo es posible. El valor del medio por encima del fin, la honestidad dinámica del que apuesta sus talentos y no los entierra.

No esperéis de nosotros grandes cosas, pero sí significativas, una forma distinta de vivir, de relacionarnos, de dejarnos roturar junto a los “sin papeles”, a los que buscan su primer empleo, a los que miran con desconfianza por el color de su piel.

Cada mañana acudimos a nuestros trabajos, atendemos a nuestras responsabilidades pastorales y educativas, esperamos la cola del mercado, pedimos cita para ver a sus tutores, buscamos un hueco para acompañarles al médico o al cine... nada heroico, nada del otro mundo. Pero sí una semilla de luz en este mundo que vivimos, y que compartimos con tantos hombres y mujeres que esperan de nosotros que hagamos carne “una buena noticia”.

“Sed cautos como palomas y astutos como serpientes”

La advertencia evangélica nunca viene de más a aquellos que quieran seguir a Jesús de Nazaret bandeándose en una sociedad como la nuestra. Sobre todo cuando se trata de ponerse del lado de los excluidos, de los residuos humanos del sistema, víctimas colaterales de nuestro progreso y bienestar globalizado.

Pronto nos dimos cuenta, de que no siempre las buenas palabras de las administraciones públicas son sinónimo de honestidad o profesionalidad. De que en lo que respecta a menores extranjeros no sólo sufren un marco jurídico nefasto y contradictorio, sino que incluso sus pocos derechos son pisoteados por las mismas instituciones que supuestamente están para protegerlos.

Desde dentro es cuando ves cuanto de hipocresía e interés esconden muchos discursos políticos por detrás, que las decisiones que se toman desde arriba muy pocas veces cuentan con los que están abajo. Que cuando la angustia tiene rostro de niño, no nos son ni mucho menos indiferentes las estadísticas, presupuestos o anteproyectos de ley.

Estar a su lado en el día a día y no quedarnos en ser meros cómplices silenciosos de los engranajes de “los hijos de este mundo”, nos exige implicarnos con actitud crítica, incluso en la denuncia; hacernos presentes y tener voz como marianistas en los foros de reflexión, debate y coordinación de todos los que luchan por los “menores extranjeros no acompañados.”

Sin grandes posibilidades de transformación política o social a corto plazo, nosotros formamos parte de la minoría de afortunados con formación, contactos personales e institucionales y acceso a múltiples recursos. Nadie más que ellos, a quienes se les cierran todas las puertas, tienen todo el derecho del mundo de beneficiarse de las oportunidades y “enchufes” que les podamos facilitar. Si no alcanzamos a ser sus padres, seamos al menos

astutos y despiertos “padrinos” para acceder a una plaza escolar, agilizar un proceso legal, conseguir prácticas en una empresa o su primer empleo.

“Les hemos prohibido hacer milagros en tu nombre porque no son de los nuestros”

No somos muchos ni tampoco los mejores, pero aún así a los marianistas, paradójicamente, nos ha costado mucho aprender a trabajar en equipo. Nosotros, desde nuestra debilidad, nos sentimos orgullosos y agradecidos de no estar solos en este frente. La comunidad de acogida no sería posible sin la paciencia de los vecinos, de vuestra hospitalidad cuando os visitamos en puentes y vacaciones, de los que ya se quedaron a dormir algún fin de semana para que fuésemos de retiro, de los consejos y experiencia de CEMI, de la generosidad de los hermanos que empiezan a implicarse como voluntarios en esta casa. Una casa que tiene vocación de estar abierta a toda la familia marianista.

Estamos colaborando codo con codo con profesionales y voluntarios de otras ONGs e instituciones, compartiendo logros y fracasos, aportando nuestros matices, valorando la riqueza de nuestras diferentes motivaciones desde las coincidencias que nos unen. Hemos intuido también que hay un amplio campo, fértil y fecundo, para el trabajo intercongregacional. Los marianistas no hemos hecho más que aportar nuestro granito de arena como ya hicieron mercedarios, carmelitas de Bedruna, capuchinos, hijas de la caridad... Y queremos hacerlo en red junto a otras plataformas de cataluña, andalucía, euskadi y marruecos.

Queremos ser marianistas así, es nuestra forma de ser Iglesia.

“Algo nuevo está brotando ¿no lo notáis?”

Indagar el palpito de lo que se avecina supone arriesgarse a preparar el futuro y no solamente “gestionar lo que queda”, es decir administrar la crisis. Si no nos preocupamos por descubrir los signos de Dios en lo cotidiano nunca podremos orientar bien nuestros esfuerzos para encauzar nuestras vidas en los vaivenes de la historia presente.

Creemos sinceramente que lo que aquí estamos viviendo es una pequeña ventana abierta que mira hacia ese futuro. Sin duda que hay mucho camino por desbrozar y nos toca discernir qué ha de ir cambiando a partir de ahora en nuestras vidas.

En ocasiones, con la mejor buena voluntad se busca la renovación de los contenidos doctrinales, pero se quieren seguir manteniendo las estructuras que los concretizan. De este modo se pasa por encima de la advertencia evangélica de no poner un remiendo de tela nueva en un vestido viejo o de echar vino nuevo en odres viejos. En nuestras reuniones de comunidad brota de forma recurrente esta inquietud: ¿Qué tendremos que cambiar de

nuestros esquemas, estilos, horarios para dejarnos moldear realmente por la vida que estamos viviendo? ¿Qué rostro de comunidad marianista está brotando?

Si a partir de la experiencia vivida en estos años nos preguntáis: ¿Es esto lo que necesita la vida marianista hoy? Aunque manejamos algunas intuiciones, no nos toca a nosotros dar una respuesta. Lo que sí sabemos con certeza es que una vida marianista que quiera tener algo de presente con perspectivas de futuro tendrá que atreverse y arriesgarse en iniciativas de renovación para, como en este caso, tener la oportunidad a hacerse ésta y otras muchas preguntas.

© Mundo Marianista

Nota del editor:

Este artículo ha sido redactado por Rogelio Nuñez, superior de la Comunidad de Adelfas, que en su totalidad es autora del mismo. Previamente ha sido publicado para los religiosos marianistas de la provincia de Madrid en Diálogos.